

Apolo y Dafne



Apolo y Dafne de Rubens (Fuente: Wikimedia).

Por Gala Yagüe Narváez

EDITORA DE HISTORIA DEL ARTE DE DESCUBRIR LA HISTORIA

Apolo, el dios del Sol, cazaba en el bosque cuando se encontró con Cupido, el travieso dios del amor temido por todos. Apolo, cuando vio sus flechas, le preguntó acerca de lo que podía hacer con ellas. Con esas flechas, podría cazar grandes bestias, que eran dignas de ser suyas. Cupido sólo debía encender amores con su antorcha, no portar esas flechas. Sus victorias no eran las mismas que la del dios del amor. Además, se burló de las habilidades como arquero de Cupido.

Estos comentarios enfadaron al hijo de Venus de una manera insólita. «Esto no quedará así», pensó. El enreído Cupido se acercó a Apolo y le amenazó diciendo: «tu arco lo traspasa todo, pero mis flechas te traspasarán a ti». Tras este comentario, sacó



Apolo y Dafne, de Bernini.

de su aljaba dos flechas, una de oro y otra de plomo. La flecha de oro provocaba amor a primera vista y la de plomo generaba un odio profundo a quien la recibiera. Con la flecha de oro disparó a Apolo para que se enamorara de la primera persona que viera. La flecha de plomo la usó contra una ninfa que se encontraba en el bosque. Dafne era una ninfa de los árboles, hija del dios del río Peneo.

Apolo se encontró con ella y se enamoró al instante. Dafne, en cambio, sintió repulsa hacia él, y también miedo. Por eso, comenzó a correr por el bosque. Apolo, ciego de amor, la persiguió con todas sus fuerzas. Ella sólo intentaba huir para pedir ayuda a su padre. Él, muchas veces, le decía que quería un yerno y nietos, pero Dafne le suplicaba proteger su virginidad.

Apolo veía su pelo, sus ojos asustados, su boca pidiendo ayuda, sus ligeros brazos y piernas, sus delicadas manos. Pero no le bastaba con verla de lejos. La ninfa corría cada vez más, pero Apolo estaba a punto de alcanzarla. Él gritaba que no era un enemigo, y que así huían las ciervas de él porque sabían que las iba a cazar, pero insistía en que él la perseguía por el amor ardiente que sentía. Le decía que no quería que se hiciese daño y le pedía que parara de correr.

Apolo intentaba seducirla diciéndole que era un dios y que con él siempre estaría protegida. Pero el amor no surtía efecto en ella, y corrió como una liebre sin terminar de escuchar su discurso. Su huida resaltaba aún más su belleza. Apolo no podía soportarlo más y sacó fuerzas para conseguir, de una vez, alcanzarla. Cie-

go y cual lobo persiguiendo a su presa, se alzó sobre su tensa espalda. Ella, rendida, se desvaneció y soltó estas palabras en un último aliento de esperanza: «Padre, por favor ayúdame, haz que pierda la forma que agrada tanto a este ser». En ese momento una fuerza se apoderó de ella y su delicado cuerpo se ciñó con una ligera corteza, sus brazos y piernas se alargaron convirtiéndose en ramas y su pelo en hojas.

Apolo quedó atónito, la preciosa ninfa se convirtió en un laurel. Ya no sería su mujer, pero sería su árbol. Siempre en su cabellera iría y su aljaba la adornaría con ella. La llevaría siempre con él, sería su guardiana, siempre permanecería joven y conservaría su frondosidad. Él siempre estaría pendiente de ella. Siempre la amó, y ese árbol se convirtió en sagrado para el dios Apolo.

Este mito, conocido como el mito de Apolo y Dafne, es un relato perteneciente a la mitología griega y aparece recogido en *La metamorfosis* de Ovidio.

Este tema ha sido ampliamente representado en la historia del arte. Vamos a hacer un recorrido por algunas de las obras más representativas. En primer lugar, nos trasladamos al Barroco, momento en el que Gian Lorenzo Bernini representó el instante en el que Dafne está pidiendo ayuda, a punto de ser alcanzada por Apolo. Mientras Dafne alza sus delicados brazos al cielo se va transformando tímidamente en árbol, como podemos observar en sus armoniosas manos; mientras que Apolo, ciego de amor y aturrido ante tal belleza humana, intenta acogerla entre sus brazos. Esta



Apolo y Dafne, de Waterhouse.

escultura está realizada en mármol. Se pueden observar muchas texturas, y hay un claro virtuoso tratamiento de la piel de los personajes. Es un estilo ampuloso y recargado, donde las formas adquieren un movimiento exagerado y predomina el sentido de lo teatral. Se acentúan los juegos de luces y sombras dándole una envoltura muy realista a la obra. Bernini consiguió transmitir emociones que nos permiten viajar en el tiempo y presenciar el mito con nuestros propios ojos. También Francesco Albani, pintor clasicista italiano, se inspiró en esta historia para realizar su obra *Apolo y Dafne*. En ella que vemos representada la escena en la que Apolo comienza a perseguir a la ninfa; y Cupido desde el cielo muestra sus flechas orgulloso de lo que ha hecho.

Peter Paul Rubens, pintor barroco de la escuela flamenca, también realizó una obra que se encuentra en el



Apolo y Dafne de Francesco Albani, siglo XVII (Fuente: Wikimedia).

Museo del Prado sobre este mito. Representa el momento en el que Apolo alcanza a Dafne, y esta se retuerce pidiendo ayuda a la vez que comienza a transformarse en laurel como vemos en sus dedos. No debemos olvidar mencionar al pintor de temas mitológicos por excelencia, el británico John William Waterhouse, quien también representó este tema con la delicadeza extrema que caracteriza a sus obras.

Este mito no solo sirvió de inspiración a las artes plásticas. Existen óperas basadas en esta historia, como por ejemplo *Daphne* de Richard Strauss. Grandes poetas españoles como Francisco de Quevedo o Garcilaso de la Vega también se sintieron inspirados por este mito.

En concreto, Garcilaso escribió un soneto donde transmite el dolor de un amor no correspondido. Explica la transformación de Dafne en laurel, y cómo Apolo llora lo sucedido. Es un texto que define el amor como causante de un gran mal y manifiesta la frustración de no poder conseguir lo que más se quiere.

SONETO XIII

A Dafne ya los brazos le crecían
y en luengos ramos vueltos se mostraban;
en verdes hojas vi que se tornaban
los cabellos que al oro oscurecían.
De áspera corteza se cubrían
los tiernos miembros que aún bullendo estaban;
los blancos pies en tierra se hincaban,
y en torcidas raíces se volvían.
Aquel que fue la causa de tal daño,
a fuerza de llorar, crecer hacía
el árbol que con lágrimas regaba.
¡Oh miserable estado, oh mal tamaño,
que con llorarla crezca cada día
la causa y la razón por que lloraba!
— Garcilaso de la Vega.

PARA SABER MÁS

La metamorfosis de Ovidio (1972).
Edición y traducción de Vicente López Soto. Barcelona: Editorial Bruguera.